

## EL MISTERIO DEL MAL

*José M. Herrero Mombiela*  
*Dept. Filosofía-Teología*  
*Pontificia Universidad Católica de PR*

Boecio cita, sin nombrarlo, a cierto filósofo que plantea una cuestión sumamente inquietante: “Si quidem Deus est, unde mala? Bona vero unde si non est?”<sup>1</sup>. Si Dios ciertamente existe, ¿de dónde viene el mal? ¿Y de dónde el bien, si no existe?

Resulta difícil armonizar la existencia de un Dios bueno y padre con la presencia del mal que lacera, hiere y entristece la vida del hombre, incluso la de los animales. ¿Por qué el sufrimiento? Y, sobre todo, ¿por qué el dolor de los inocentes, de los niños?

### **1. ¿Qué es el mal?**

Nadie puede dudar de la existencia del mal, como nadie pone en duda la existencia de la luz, de la oscuridad, de la belleza, del bien. El mal nos rodea. Es circunstancia inseparable del hombre y de la naturaleza. Invade con dureza nuestra intimidad. Cabe entonces preguntar: ¿Qué es el mal? Santo Tomás, siguiendo al obispo de Hipona, define el mal como

---

<sup>1</sup> La consolación de la filosofía, ed. bilingüe latino-española, edit. de la Universidad de Puerto Rico, 2003, p. 50, n. 30.

“privatio boni”: privación de bien<sup>2</sup>; también como “absentia boni”: ausencia de bien<sup>3</sup>.

El mal no es una limitación o una simple carencia. Que el animal no esté dotado de entendimiento no es un mal para el animal; que la materia no tenga sensibilidad no es un mal para la materia; que el hombre no tenga trompa no es un mal para el hombre; el no ser en sí mismo tampoco es un mal, ya que nada ni nadie exige que exista<sup>4</sup>.

Mal es “defectus boni quod natum est et debet haberi”: la privación de un bien que por naturaleza puede y debe tenerse<sup>5</sup>. Tomo los ejemplos que usa el mismo santo Tomás. No es un mal para el hombre no tener alas, ya que su naturaleza no exige tenerlas. Tampoco es un mal que carezca de cabellos rubios, pues aunque pueda tenerlos naturalmente, no es necesario que los tenga rubios. Es un mal, sin embargo, que no tenga manos, ya que por naturaleza debe tenerlas, si es físicamente perfecto<sup>6</sup>.

Existe el mal, pero no como realidad positiva. El frío existe, pero como falta de calor; la sombra, como falta de luz; la enfermedad, como falta de buen funcionamiento de los órganos; la ceguera, como falta de visión; el hueco, como falta de materia, etc.

---

<sup>2</sup> Suma de Teología, 1, q. 14, a. 10, c.

<sup>3</sup> Id., 1, q. 48, q. 1, c.; san Agustín, Conf., L III, c. 7; Ench., c. 2.

<sup>4</sup> Id., 1, q. 48, a. 3, c.

<sup>5</sup> Id., 1, q. 49, a. 1, c.

<sup>6</sup> Summa contra gentiles, L III, c. 6.

El mal no es una entidad positiva. No es algo. La razón es muy clara. Si el mal consistiera en una realidad, por lo mismo, se convertiría en un bien. Toda entidad es apetecible; al menos, la apetece el sujeto que la posee. Y todo lo apetecible es bueno: “Bien es aquello que es apetecible”<sup>7</sup>. De donde resulta que el mal se apoya, por absoluta necesidad, en el bien, ya que es la imperfección de un bien. Sin bien, nunca podría haber mal.

-“Se sigue, por tanto, que el sujeto del mal es un bien”<sup>8</sup>.

-“Hay que decir, por tanto, que en los demonios hay alguna verdad, así como algún bien. Ningún mal corrompe totalmente el bien, pues, al menos, el sujeto en el que se asienta el mal, es bueno”<sup>9</sup>.

-“Consta, por tanto, que con la palabra mal se designa alguna carencia de bien”<sup>10</sup>.

“El mal consiste en ser la privación de bien”<sup>11</sup>.

## **2. Clases de mal**

a) Mal físico: Es la carencia de integridad física en las personas, animales y cosas. Así la ceguera, la falta de piernas o brazos en el hombre; de puertas, en una casa, etc.

---

<sup>7</sup> “Bonum est id quod est appetibile”: Suma de Teología, 1, q. 48, a. 1, c.

<sup>8</sup> “Relinquitur ergo quod subiectum mali sit bonum”: Id., 1, q. 48, a. 3, c.

<sup>9</sup> “Dicendum est ergo, in daemonibus esse aliquam virtutem, sicut aliquod verum. Nullum enim malum corrumpit bonum, cum ad minus, subiectum in quo malum est, sit bonum”, In Evang. Ioann., c. 8, lect. 6; cf In Tit., c. 1, lect. 3.

<sup>10</sup> “Relinquitur ergo quod nomine mali significatur quaedam absentia boni”: Suma de Teología, 1, q. 48, a. 1, c.

<sup>11</sup> “Cum hoc sit esse mali, quod est privatio boni”: Id., 1, q. 14, a. 10, c.

b) Mal psicológico: Carencia de armonía psíquica: la soledad, el desprecio, la tristeza, la depresión, la angustia, etc.

c) Mal moral: Carencia de perfección en el obrar humano. Tiene carácter de culpa. “Por consiguiente, todo mal en los seres voluntarios, es pena o culpa”<sup>12</sup>.

### **3. De la causa del mal**

San Agustín afirma rotundamente: “Non fuit omnino unde oriri posset malum, nisi ex bono”: De nada pudo en absoluto originarse el mal, sino del bien<sup>13</sup>.

Puesto que el mal existe, en algún sentido, tiene causa. Y ser causa del mal no le puede corresponder más que al bien. Porque nada puede ser causa más que en cuanto existe. Y todo lo que existe, en cuanto tal, es ente, y, por tanto, bueno.

“Refiriéndonos en particular a cada uno de los cuatro géneros de causas, vemos que el agente, la forma y el fin implican cierta perfección, que tiene carácter de bien; incluso la materia, en cuanto está en potencia para el bien, tiene razón de bien.

---

<sup>12</sup> “Sic igitur omne malum in rebus voluntariis consideratum vel est poena vel culpa”: Id., q. 48, a. 5, c.

<sup>13</sup> Contra Iulianum, L 1, c. 9: ML, 44, 670; Enchirid., c. 14: ML, 40, 238.

Que el bien sea causa del mal a modo de causa material se deduce claramente de lo dicho en el artículo tercero de la cuestión anterior, donde se ha demostrado que el bien es el sujeto del mal. El mal, por otra parte, no tiene causa formal, puesto que es precisamente privación de la forma. Tampoco tiene causa final, sino que es más bien privación de orden al fin debido. No sólo el fin tiene razón de bien, sino también lo útil, que se ordena al fin. El mal, sin embargo, tiene causa eficiente, pero no directa, sino indirectamente.

Para comprender esto, debe admitirse que el mal es causado de modo distinto en la acción y en el efecto. En la acción es causado por defecto de alguno de los principios operativos, bien sea de la causa principal o de la instrumental; como, por ejemplo, el defecto del movimiento en el animal puede acontecer por debilidad de la fuerza motriz, como sucede en los niños, o por ineptitud de los miembros, como en los cojos.

En el efecto, el mal procede unas veces de la fuerza del agente, aunque no en su propio efecto; otras, por defecto del agente mismo o de la materia. De la fuerza o perfección del agente procede cuando a la forma que intenta imponer el agente, sigue necesariamente la destrucción de otra forma, como a la forma del fuego acompaña la destrucción de la forma de aire o de agua. Porque así como cuanto más potente es la fuerza del fuego tanto más perfectamente impone su forma, así también tanto más perfectamente destruye las formas contrarias. Por lo tanto, el mal y la

descomposición del aire y del agua dependen de la perfección del fuego. Pero esto se hace accidentalmente, porque el fuego no tiende directamente a privar de la forma de agua, sino a introducir su propia forma; mas, al introducir ésta, elimina indirectamente la del agua.

Si el defecto se encuentra en el efecto propio del fuego, por ejemplo, si no llega a calentar bien, esto sucede, o por defecto de la acción en la que repercute el defecto de algunos de sus principios, o por indisposición de la materia que no recibe la acción del agente. Pero esta deficiencia en el obrar, es algo accidental a la naturaleza del bien, al que de suyo le compete obrar. Luego es verdad que el mal sólo accidentalmente tiene causa, y que de este modo, el bien es causa del mal”<sup>14</sup>.

Estas palabras de santo Tomás pueden resultar algo complicadas para los no iniciados en filosofía. Las comento brevemente para facilitar su comprensión.

Santo Tomás busca explicar qué es el mal. Y para ello trata de descubrir sus causas, tanto intrínsecas (material y formal), como extrínsecas (eficiente y final). Conocidas éstas, sabremos qué es el mal. El mal se sustenta siempre en el bien, que es su soporte. Sin bien, nunca existiría el mal, porque el mal no es más que la privación de un bien, la

---

<sup>14</sup> Suma de Teología, 1, q. 49, a. 1, c.

carencia de un bien que por naturaleza algo o alguien debe tener. Es la imperfección de un bien. Por tanto, sin bien nunca habría mal. Este ser bueno que padece el defecto es considerado por santo Tomás a modo de causa material del mal. No es propiamente causa material, ya que no está constituyendo el mal, sino que actúa a modo de causa material. Las causas material y formal son intrínsecas, constitutivas de las cosas. Y el mal, siendo una privación, no tiene esencia ni, por tanto, causa material ni formal. ¿Qué significa entonces a modo de causa material? Lo explicamos con un ejemplo. Miguel Ángel infunde en una masa de mármol la figura de David, logrando esa esbelta y sublime escultura que asombra al mundo. El mármol es el soporte de la figura de David. En el caso del mal, el bien es el sujeto que padece la privación de alguno de sus elementos. Por eso, el bien se comporta a modo de causa material. Es el soporte del mal.

Tampoco tiene causa final porque el fin abriga razón o carácter de bien, ya que, al conseguirlo perfecciona al que lo alcanza. Un estudiante que consigue ser médico, se perfecciona, ya que queda enriquecido con los conocimientos propios de la medicina. Era su meta, su fin. Un reloj que marca exactamente la hora es bueno, porque alcanza su fin: señalar el tiempo cronológico. El mal no alcanza ningún fin, porque priva siempre de un bien.

Podemos descubrir que el mal tiene causa eficiente: algo o alguien lo origina, pero siempre de manera indirecta. El mal acontece en las

operaciones y en los efectos o cosas hechas. En las operaciones, el mal es causado por la deficiencia de los principios operativos, bien sea la causa principal o la instrumental. Es muy gráfico el ejemplo que utiliza santo Tomás. Un niño de algunos meses gatea, pero no camina, porque su potencia motriz, sus fuerzas no están suficientemente desarrolladas. Falla en este caso, la causa principal de la operación: la potencia o fuerza operativa. El fallo de la operación puede también localizarse en la causa instrumental. Así, un joven, afectado de polio, camina mal, como una sierra con algunos dientes rotos corta mal. Falla la causa instrumental: las piernas, la sierra.

El mal en el efecto o en la obra realizada, puede provenir de la virtud o poder del agente, de una deficiencia del agente mismo e incluso, de la disposición de la materia que se resiste a aceptar la acción. En el primer caso, el agente es perfecto y obra bien, pero al intentar realizar su obra, destruye otro ser. Así, el fuego quema, que es su efecto propio, y, al quemar, destruye los árboles que encuentra en su camino, los convierte también en fuego. Al propagarse el fuego: un bien, para el fuego, origina un mal: la destrucción de los árboles. La cabra que come las ramas de un árbol, consigue un bien: su supervivencia, pero indirectamente origina un mal: mutila el árbol. La hierba perece para que viva la oveja; muere la oveja para que se alimente el hombre. El fuego, la oveja, el hombre intentan de por sí un bien: el fuego, extenderse; la oveja y el hombre,

sobrevivir. Pero indirectamente ocasionan un mal: el fuego quema el árbol, la oveja destruye la hierba, el hombre mata la oveja.

Otras veces, el mal se origina por la imperfección del agente que realiza la acción. Si el fuego no calienta el agua hasta hacerla hervir, es porque su intensidad es mínima, insuficiente. La deficiencia radica aquí en la causa agente. Finalmente, el fallo puede situarse en la resistencia que opone la materia a recibir la acción del agente. Un leño verde tarda más en arder que un leño seco; una piedra no arde nunca. Todos estos males ocurren de manera accidental, secundaria o indirecta: consiguiendo un bien, se origina a la vez un mal. Por eso, concluye santo Tomás, que el bien sólo accidental o indirectamente es causa del mal.

#### **4. ¿Se puede decir que Dios es causa del mal?**

Tomamos literalmente de santo Tomás la respuesta a esta cuestión. “El mal que consiste en el defecto de la acción proviene siempre de algún defecto del agente. Mas en Dios no hay defecto alguno, sino suma perfección, como se ha demostrado. Luego el mal que consiste en el defecto de la acción o que es causado por deficiencia del agente, no puede atribuirse a Dios como a su causa.

Pero el mal que consiste en la destrucción de algunas cosas, sí se atribuye a Dios como a causa. Esto es manifiesto tanto en los seres naturales como en los voluntarios. Hemos dicho, en efecto, que cuando un agente produce con su virtud una forma de la que se sigue alguna destrucción y defecto, causa con su virtud tal destrucción y defecto. Es

manifiesto que la forma principalmente intentada por Dios en las cosas creadas es el bien del orden del universo. Mas este orden exige, como se ha dicho, que haya en el universo algunas cosas que puedan fallar y que de hecho fallan algunas veces. Y, por tanto, al causar Dios en las cosas el bien del orden universal, por consecuencia y como accidentalmente causa también las destrucciones de las cosas, según lo que se dice en el primer libro de los Reyes: Yavé da la muerte y da la vida (2, 6). Y aunque se dice también en el libro de la Sabiduría que Dios no hizo la muerte (1, 13), se entiende que no la hizo como intentándola por sí misma. Además, al orden del universo pertenece también el orden de la justicia, el cual pide que las transgresiones sean castigadas. Y de este modo es Dios autor del mal de pena; mas de ninguna manera lo es del mal de culpa, por la razón ya dicha”<sup>15</sup>.

Santo Tomás explica más cumplidamente la implicación de Dios en el acto pecaminoso de esta manera: “Está claro que las acciones malas, en cuanto que son deficientes, no son obradas por Dios, sino por las causas próximas deficientes; mas en lo que tienen de acto y de entidad, proceden de Dios; como la cojera proviene de la virtud motriz en lo que tiene de movimiento, mas en lo que tiene de deficiente proviene de la curvatura de la pierna”<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Id., 1, q. 49, a. 2, c.

<sup>16</sup> CG, L III, 71.

Otra cuestión sumamente inquietante: ¿Qué tiene que ver Dios con el mal? ¿Es su autor? Recientemente, el 15 de agosto de 2007, la iglesia de Prisco, en Perú, se derrumba llena de fieles, reunidos para honrar a María en la fiesta de su Asunción a los cielos. Allí quedaron sepultados la mayoría de los asistentes. ¿Ha sido Dios quien ha provocado esta desgracia masiva? Este es el crudo problema que santo Tomás plantea. De nuevo recurre para dar su respuesta, a la distinción antes señalada. El mal que afecta a la acción proviene de alguna deficiencia del agente. Un agente defectuoso origina una acción defectuosa y, a la vez, un efecto defectuoso. Un carpintero inexperto corta mal las maderas y monta una mesa defectuosa. Dios entonces, de ninguna manera puede ser causa del mal, pues es agente perfectísimo.

Un agente puede ser también causa indirecta del mal: se logra un bien, ocasionando un mal. Se obtiene una talla, destruyendo un madero. Se rompe una semilla para que brote un nuevo árbol, un huevo para que nazca un polluelo. La generación de un nuevo ser conlleva siempre la destrucción de otro. Y este mal, originado de manera indirecta, se puede atribuir a Dios. Es el proceso que contemplamos en el curso de la naturaleza. Por eso, al causar Dios en las cosas el orden general del universo, como consecuencia y accidentalmente, causa también la destrucción de otros seres. “Pues como quiera que Dios es provisor universal de todas las cosas, incumbe a su providencia permitir que haya ciertos defectos en algunos seres particulares, para que no sufra detrimento

el bien perfecto del universo, ya que, si se impidiesen todos los males, se echarían de menos muchos bienes en el mundo: no viviría el león si no pereciesen otros animales, no existiría la paciencia de los mártires si no provocasen persecuciones los tiranos”<sup>17</sup>. Esta explicación la toma de san Agustín<sup>18</sup>.

Con el castigo del pecado, no pretende Dios el mal del pecador; intenta de manera directa un bien: restablecer el orden de la justicia. Y éste exige la imposición de una pena que compense la culpa, la trasgresión de la ley<sup>19</sup>. Y así, de manera indirecta, Dios es causa del mal de pena. El infierno es obra de hombres, y no proyecto de Dios, “porque Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (2 Tm, 2, 4). Y a todos ayuda con su gracia. Su semilla cae en todos los terrenos (Mt 13, 1 ss). Escribe San Agustín, dirigiéndose a Dios: “Mecum eras et tecum non eram”: Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo<sup>20</sup>.

Enseña al concilio de Trento: “Dios sólo abandona a los que primero le han abandonado”<sup>21</sup>. El infierno es la última soledad del

---

<sup>17</sup> Suma de Teología, 1, q. 22, a. 2, ad 3.

<sup>18</sup> Enchi., c. 2: ML, 40, 236.

<sup>19</sup> Suma de Teología, 1, q. 48, a. 6.

<sup>20</sup> Confesiones, X, 27, 38.

<sup>21</sup> Dz, 1537.

hombre; el hombre sin Dios. Sin el infinito, el hombre siempre está solo, aun cuando esté acompañado del mundo entero.

De ninguna manera, Dios es autor del mal de culpa, es decir, del pecado. Dios se alzaría contra Dios, se negaría a sí mismo. Con todo, en el acto pecaminoso se distinguen dos aspectos perfectamente delineados: el aspecto físico como entidad y la desviación misma del acto. Por lo que respecta a la entidad física del acto, puede decirse que Dios es su autor; mas en lo que tiene de deficiente, procede del hombre. “Está claro, que las acciones malas, en cuanto que son deficientes, no son obradas por Dios, sino por las causas próximas deficientes, mas en lo que tienen de acto y de entidad, proceden de Dios; como la cojera proviene de la virtud motriz en lo que tiene de movimiento, mas en lo que tiene de deficiente proviene de la curvatura de la pierna”<sup>22</sup>.

### **5.- Porque el mal existe, Dios no existe**

A la pregunta planteada por el filósofo que Boecio cita, sin nombrarlo<sup>23</sup>, algunos responden terminantemente: Porque el mal existe, Dios no existe.

---

<sup>22</sup> CG, L III, 71.

<sup>23</sup> Es muy probable que ese filósofo anónimo sea el mismo Boecio, ya que en el Libro IV, Prosa I, n. 3, ed. cit., p. 174, afirma en primera persona: “Ea est maxima nostri causa maeroris quod cum rerum bonus rector existat, vel esse omnino mala possint, vel impunita praetereant”: He aquí el máximo motivo de mi tristeza: cómo puede existir en absoluto el mal, e incluso quedar impune, existiendo un Gobernador bueno que rige todas las cosas. Santo Tomás, que cita el texto del filósofo anónimo, y que con toda seguridad conoce este pasaje, propone una respuesta convincente para aquellos que sienten la misma preocupación que Boecio. “El gobierno divino, que Dios ejerce sobre las cosas, no excluye la operación de las causas segundas, como ya se demostró en el c. 69.

El mal representa el alegato más sólido contra Dios. Es, para muchos, el descrédito de la idea de Dios, “la roca del ateísmo”, una roca, piensan, en la que se estrella y naufraga la Teodicea<sup>24</sup>.

Presento algunos textos de autores que proponen el mal como argumento decisivo de la inexistencia de Dios.

Dostoiewski teje el siguiente diálogo en que Iván y Alioscha Karamazov discuten sobre el dolor de los inocentes. “Según mi concepción euclidiana, sólo sé una cosa: Existen sufrimientos sin que haya culpable. Mi bolsillo no me permite pagar una entrada tan elevada. Así que me apresuro a devolver mi billete. No es que no conceda valor a Dios, Alioscha, pero le devuelvo respetuosamente la entrada<sup>25</sup>.”

Célebre es el diálogo de Camus, en “La peste”, entre el doctor Rieux y el religioso Paneloux:

-“Lo comprendo, murmuró Paneloux, esto subleva porque sobrepasa nuestra medida. Pero es posible que debamos amar lo que no podemos comprender.

---

La deficiencia en el efecto de la causa segunda proviene del defecto de la misma causa segunda, sin que por ello se encuentre en el agente primero, como cuando en el efecto de un artífice que domina perfectamente el arte, se da un defecto porque el instrumento es defectuoso. Luego, el hecho de que aparezca algún defecto o algún mal en los seres movidos y gobernados por Dios, obedece a que los agentes secundarios son defectuosos, aunque en él no se dé ningún defecto”:CG, L III, 71.

<sup>24</sup> Cf Ruiz de la Peña, J.L., Teología de la creación, ed. Sal Terrae, Santander, 1986, 159.

<sup>25</sup> Los hermanos Karamazov, en Obras completas, III, Madrid, 1966, 202.

Rieux se enderezó de pronto. Miró a Paneloux con toda la fuerza y la pasión de que era capaz y movió la cabeza.

-No, Padre, dijo. Yo tengo otra idea del amor, y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados”<sup>26</sup>.

Ernesto Sábato plantea diversas hipótesis sobre la existencia de Dios. “Así fui elaborando una serie de teorías, pues la idea de que estuviéramos gobernados por un Dios omnipotente, omnisciente y bondadoso me parecía tan contradictoria que ni siquiera creía que se pudiese tomar en serio. Al llegar a la época de la banda de asaltantes había elaborado ya las siguientes posibilidades: “1. Dios no existe. 2. Dios existe y es un canalla. 3. Dios existe, pero a veces duerme; sus pesadillas son nuestra existencia. 4. Dios existe, pero tiene accesos de locura; esos accesos son nuestra existencia. 5. Dios no es omnipresente, no puede estar en todas partes. A veces está ausente: ¿en otros mundos? ¿en otras cosas? 6. Dios es un pobre diablo, con un problema demasiado complicado para sus fuerzas. Lucha con la materia como un artista con su obra. Algunas veces, en algún momento, logra ser Goya, pero generalmente es un desastre. 7. Dios fue derrotado antes de la Historia por el Príncipe de las tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es

---

<sup>26</sup> Camus, A. La peste, ed. Sudamericana, Buenos Aires, primera ed. española, 1999, 200.

doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso<sup>27</sup>.

Estas palabras no merecen ser escritas, por su cruda vileza, por su hediondez. Hieren la sensibilidad de muchos creyentes. Al repasar la historia, constatamos la cantidad de grandes hombres que han admitido y respetado la existencia de Dios. Por consideración a estas personas creyentes, sobran las palabras de Sábato. Además, los insultos no son argumentos.

Es famoso el antiguo dilema de Epicuro. “Dios, o bien quiere impedir los males y no puede, o puede y no quiere, o ni quiere ni puede, o quiere y puede. Si quiere y no puede es impotente, lo cual es imposible en Dios. Si puede y no quiere, es envidioso, lo que del mismo modo, es contrario a Dios. Si puede y quiere, que es lo único que conviene a Dios, ¿de dónde proviene entonces la existencia de los males, y por qué no los impide?”<sup>28</sup>.

En los escritos de san Agustín, encontramos ya la respuesta a estas dificultades. Cito sus palabras al final del trabajo.

Este mundo no es el mejor de los mundos, pero tampoco un mundo finito de dolor infinito, como lo pintan algunos. Ni el pesimismo es la única salida ante este mundo de barbarie. “Somos los cautivos de un

---

<sup>27</sup> Sobre héroes y tumbas, Bibl. Ayacucho Barcelona, 1986, 193.

<sup>28</sup> Cf Fraile, G., Historia de la Filosofía, BAC, Madrid, 1965, vol. I, 593.

mundo donde todos los caminos conducen al mismo infalible abismo... La muerte absoluta es el presente objetivo de la humanidad”<sup>29</sup>. Mejorar el mundo y esperar en Jesús resucitado es también otra salida razonable.

### **6- Porque el mal existe, Dios existe**

Es otro modo de argumentar ante la tortura del mal<sup>30</sup>. Porque el mal existe, Dios existe. Es el elegido por Tomás de Aquino. “De esta manera se supera el error de algunos que al ver los males que acontecen en el mundo, afirmaban que Dios no existía, como dice Boecio citando uno de los filósofos que preguntaba: si Dios existe, ¿de dónde los males? Por el contrario, habría que argüir: Si existe el mal, Dios existe. Pues no existiría el mal si desapareciese el orden del bien, ya que el mal consiste en la privación del orden del bien. Y de ninguna manera existiría el orden del bien, si Dios no existiera”<sup>31</sup>.

La explicación de santo Tomás se sustenta en dos argumentos muy bien trenzados: el concepto mismo de mal y la dependencia ontológica de los bienes limitados que padecen el mal.

El mal consiste en la privación de un bien, en la mutilación o imperfección que padece una cosa, un viviente, una persona, según hemos explicado suficientemente, siguiendo el pensamiento de santo Tomás. Esto significa que sin el soporte de algo bueno nunca podría existir el mal.

---

<sup>29</sup> Henry-Levi, B., *La barbarie con rostro humano*, Barcelona, 1978, 119.

<sup>30</sup> El mal se convierte en dolor, en sufrimiento, en el momento en que se experimenta de manera consciente como ocurre en el animal y en el hombre.

<sup>31</sup> CG, L II, 71.

Por eso, no puede existir el mal absoluto, ya que excluiría todo bien. Y no existiendo ni siquiera un adarme de bien, no tendría lugar la imperfección de un bien, en que consiste exactamente el mal.

Pero resulta además que estos bienes que sufren la imperfección (el mal) son limitados, y, por tanto, no poseen autosuficiencia o consistencia en sí mismos. Son, por absoluta necesidad, ab alio: por otro. No son el bien; tienen bien, participan del bien. Por consiguiente, reclaman, piden, exigen la existencia del bien sumo, pleno, total y absoluto que explique y justifique la existencia de los bienes limitados. En definitiva, la existencia de Dios.

Este mundo, nuestro mundo, implica por absoluta necesidad la existencia del mal. Es algo inevitable, algo que nos sobrepasa. Entonces, todo el problema se centra en esta cuestión: ¿Por qué Dios eligió este modelo de mundo en el que hemos nacido? ¿Por qué no creó otra figura de mundo en que los bienes se lograsen sin sacrificar otros bienes? Pero, ¿podemos pedirle cuentas a Dios y exigirle una explicación? La respuesta nos la da san Pablo: “¡Oh, hombre! ¿Quién eres tú para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso dice el vaso al alfarero: ¿Por qué me has hecho así? ¿O es que no puede el alfarero hacer del mismo barro un vaso de honor y un vaso indecoroso?” (Rom 9,20-21). Antes, en el libro de la Sabiduría, se había escrito: “Quién podrá decirte: ¿Qué has hecho? ¿Quién se opondrá

a tu sentencia? ¿Quién te citaría a juicio por destruir naciones enteras?”  
(Sb, 12, 12; cf Jb 9, 12).

Junto al mal y al sinsentido, resplandece también un mundo sorprendente y admirable, un mundo lleno de sentido. Y sentido quiere decir orden, armonía, racionalidad. Y como el mundo no está animado por una razón universal inmanente, el fundamento de ese orden y alta racionalidad hay que ponerlo en una razón trascendente, en Dios.

### **7. Jesús de Nazaret**

Dios generosamente nos ha dado una respuesta parcial al problema del mal y del dolor. No ha sido un discurso, una doctrina, unas palabras. Ha sido una persona: Jesús de Nazaret, hombre-Dios, que con su vida nos ha enseñado algo muy importante: el mal tiene sentido, es para algo, conduce siempre a algo bueno. Pero decir que el mal tiene sentido no resuelve el problema, que sigue siendo un misterio. No aclara por qué Dios eligió este diseño de mundo en el que un bien se ha de conseguir originando un mal. ¿Por qué un bien no se consigue sin ocasionar un mal? ¿Por qué ha de morir un viviente para que otro sobreviva? ¿Por qué Jesús no nos salvó contemplando un amanecer, mirando las estrellas o acariciando una gacela? Dios no nos presenta en Jesús de Nazaret una explicación de estos interrogantes. No nos explica por qué eligió este modelo de mundo en que el mal es inevitable. Por eso, Jesús de Nazaret es una respuesta parcial al problema del mal; por eso, el mal sigue siendo un misterio.

Hemos de reconocer que nuestro mundo guarda en sus entrañas infinidad de misterios, muchos de los cuales nunca serán desvelados por la mente humana. Apenas si arañamos la superficie de inmensos problemas. ¿Podrá un día la razón humana saber qué es en última instancia la materia o la vida, realidades aparentemente tan simples y cercanas a nosotros? Conocemos ciertos rasgos, características, síntomas, pero su constitutivo último permanece sellado. De la vida ha escrito Severo Ochoa: “Debo añadir que para la mayoría de los científicos, la vida es explicable en casi todo, si no en su totalidad, en términos de la física y de la química. Eso no quiere decir, sin embargo, que sepamos lo que es la vida. ¿Lo sabremos jamás?”<sup>32</sup>.

A nadie, por tanto, ha de extrañar que el misterio –la nube- rodee la vida y las obras de Dios. Es el absolutamente otro, el infinito, al que nuestra razón apenas puede alcanzar. Nuestro saber de Dios es un conocimiento apofático: sabemos de Dios más lo que no es que lo que es.

Jesús vive en el mundo, con los hombres, con la naturaleza. Vibra ante los fenómenos naturales. Ama las montañas, su lugar preferido para orar y descansar. “Salió hacia la montaña para orar” (Lc 6, 12). Contempla el amanecer (Lc 6, 13; Mc. 6, 5); admira la belleza de los lirios del campo (Mt 6, 29); observa el vuelo de los pájaros (Mt 13, 4);

---

<sup>32</sup> La vida, ABC, ed. internac zonal, Año XXXVIII, n. 1953, 3 al 9 de junio, 1987,p. 1.

contempla la belleza del lago desde la barca. Se asombra ante las maravillas sublimes de la creación. Y vio Dios que todo era bueno... Es justo reconocer los innumerables bienes que adornan la creación, infinitamente superiores a los males.

Jesús no huye de los hombres. Vive los acontecimientos de la sociedad. Asiste a una boda, toma parte en la fiesta que le preparan Lázaro y sus hermanas (Lc 12, 2); es amigo de ricos, y frecuenta sus casas: Simón, el fariseo (Lc 7, 36), Nicodemo, doctor de la Ley (Jn 3, 1), José de Arimatea (Mt 27, 57), Zaqueo, jefe de publicanos y rico (Lz 19, 1). Le seguían mujeres acomodadas que le servían de sus haciendas (Lc 8, 3). Jesús descubre las maravillas que Dios ha puesto en la creación, y se goza en ello.

Jesús abre sus ojos y mira la otra cara del mundo. Percibe el dolor y se acerca a los que sufren. El anuncio mesiánico de su venida va acompañado de estas señales, que son su identidad: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (Lc 7, 22; cf 4, 18-19). Siente en su propia carne el dolor de los demás.

Jesús tiene conciencia clara de su misión. Sabe a qué ha venido al mundo, y cómo va a realizar su obra. Anuncia con antelación los momentos amargos de su pasión y muerte. “Es preciso que el Hijo del hombre padezca mucho, y que sea rechazado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y sea muerto y resucite al

tercer día” (Lc 9, 22; cf Mt 26, 17 ss.; Mc. 14, 1 ss.; Jn 13, 1 ss.). Sabe que se levantará de la roca del sepulcro, vivo y glorioso. Pero el instinto de conservación pugna fuertemente por sobrevivir, por impedir que la muerte ahogue su vida.

Sabe que va a morir en una cruz. Sabe que va a resucitar. Pero desconoce por qué el Padre ha elegido el camino de la cruz para lograr la luz resplandeciente de la resurrección. Es para él un misterio escondido: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27, 26). Dios mío, Dios mío, ¿por qué has elegido el camino de la cruz? ¿Por qué sufrir un mal para conseguir un bien? ¿Por qué ha de perecer la hierba para que sobreviva la oveja? ¿Por qué ha de morir la oveja para que vivan el lobo y el hombre? ¿Por qué una vida se sacrifica en favor de otra vida? Pero el misterio del dolor alcanza su punto álgido en la muerte de Jesús, el inocente “que me amó y se entregó por mí” (Gál 2, 20). ¿Por qué la cruz, cuando había otros caminos posibles? Es el misterio que el Padre no clarifica en Jesús de Nazaret.

La muerte de Jesús en la cruz es piedra de escándalo, primero para los apóstoles, sus elegidos. “Pedro, al oír de boca de Jesús el anuncio de la pasión, “se puso a amonestarle, diciendo: No quiera Dios, Señor, que esto suceda” (Mt 16, 22). Es también escándalo para los judíos, locura para los gentiles. “Porque los judíos piden milagros, los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para

los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres” (1, Co 1, 22). La cruz, signo de escarnio y vilipendio, es para san Pablo, motivo de gloria. “Cuanto a mí, no quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gál 6, 14).

La cruz es para algo, es el camino de la resurrección. Por eso, tiene sentido, y no es el hundimiento total de un alucinado. No es morir para nada. “Que para esto murió Cristo y resucitó, para dominar sobre muertos y vivos ”(Rom 14, 9). “Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom 5, 10). Juan Pablo II lo ha expresado con precisión y belleza: “La elocuencia de la cruz y de la muerte es completada... por la elocuencia de la resurrección”<sup>33</sup>.

El amor de Dios al hombre desborda todas las previsiones, rayando en la locura. El mismo hombre Jesús amó más a los hombres pecadores que a su misma carne, recibida de la Virgen María. “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13; cf. 1Jn 3, 16; Rom 5, 6-8) “El Señor Jesucristo que se entregó a sí mismo por nuestros pecados..., según la voluntad de nuestro Dios y Padre” (Gál 1, 4). Jesús, “el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2, 20;

---

<sup>33</sup> Salvifici doloris, 20.  
HORIZONTES

Ef 5, 2.). Jesús se entregó a la muerte porque quiso, por todos los hombres pecadores, como ya había profetizado Isaías: “Se ofreció porque quiso” (Is 53, 7)

### **8.- El mal, ¿un castigo de Dios?**

Así pensaba el pueblo judío: Dios castiga al malvado, al pecador. El castigo es la respuesta de Dios airado a las ofensas que el hombre lanza contra él. El pecado llega pronto, en los albores mismos de la humanidad. Adán sólo tuvo que esperar a que apareciera Eva para transgredir la ley de Dios. ¿Pensó acaso el hagiógrafo poner el pecado en ese preciso momento, y no antes, para exonerar al varón y tirarle la culpa a la mujer? La mujer, a su vez, no acepta la culpa; responsabiliza de todo a la serpiente. Dios castiga a la serpiente, a la mujer y al varón. Dice a la serpiente, principal inductora al mal: “Te arrastrarás sobre tu pecho, y comerás el polvo todos los días de tu vida” (Gn 3, 14). Dice a la mujer: “Multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Parirás con dolor los hijos, y buscarás con ardor a tu marido” (Gn 3, 16). Finalmente dice al varón: “Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer... Por ti será maldita la tierra, con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida. Te dará abrojos y espinas. Y comerás las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado; ya que eres polvo y al polvo volverás (Gn 3, 17-19). En Adán y Eva, Dios castiga el pecado del hombre contra

Dios. Muy cerca de los padres está el pecado de los hijos. Caín mata a Abel. Dios castiga su pecado. “Ahora, pues, maldito serás de la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando la labres, te negará sus frutos, y andarás por ella fugitivo y errante” (Gn 4, 11-12).

En tiempos de Noé, “viendo, pues, Dios que todo en la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la tierra, dijo a Noé: Veo venir el fin de cada carne, pues la tierra está llena toda de sus iniquidades, y voy a exterminarlos a ellos con la tierra” (Gn 6, 12-13).

El pueblo judío, en camino hacia la tierra prometida, funde un becerro de oro, lo adora y lo reconoce como el Dios de Israel (Ex 32, 8). Yavé, airado, decide devorarlos (Ex 32, 10).

Moisés pudo alcanzar con su mirada, desde el monte Nebo, la tierra prometida, sin entrar y gozar de sus ríos de leche y miel. “Tú verás ante ti la tierra, pero no entrarás en esa tierra que doy yo a los hijos de Israel” (Dt 32, 49). Así pagó su infidelidad con Yavé. “Porque pecasteis contra mí en medio de los hijos de Israel, en las aguas de Meribá, en el desierto Sin, no santificando mi nombre en medio de los hijos de Israel” (Dt 32, 51).

El texto más duro y crudo lo encontramos en Ex 20, 5; cf Dt 5, 9. “No te harás estatuas ni imagen de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas bajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, ni las servirás, porque yo soy Yavé, tu

Dios, un Dios celoso que castiga en los hijos las iniquidades de los padres hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia hasta mil generaciones de los que me aman y guardan mis mandamientos”.

El pensamiento general del A.Testamento sobre el origen del mal se condensa en la idea siguiente: Yavé colma de bienes a los que cumplen su ley (Gn 9, 1 ss.; Dt 28, 1-11) y llena de males a los que desoyen su voz (Dt 28, 15 ss.).

Esta tesis dominante se rompe, en parte, en la vida de Job. “Porque Job era un hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Nacióronle siete hijos y tres hijas. Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos y quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y siervos en gran número. Era el más rico de toda la gente de Oriente” (Jb 1, 1-3).

Job, hombre justo, es bendecido por Dios con abundancia de bienes: salud, familia, riquezas. Dios “ha bendecido el trabajo de sus manos y ha crecido así su hacienda sobre la tierra” (1, 10). Pero, un día, a instancias del demonio, Dios permite, para probarlo, que caigan sobre él toda suerte de desventuras. “Fue herido con una úlcera maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Rascábase con un tejón, y estaba sentado sobre ceniza” (2, 7-8). Lo perdió todo, excepto a su mujer, quien le acompañó no como ayuda sino como tentación, como provocación. Le dice: “¿Aún sigues tú aferrado a tu integridad? ¡Maldice

a Dios y muérete! Pero él le dijo: Hablas como una estúpida cualquiera. Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal? En todo esto no pecó Job con sus labios” (2, 7-10).

Job habló bien de Yavé en la desgracia (42, 7). Dios permite las desgracias y el dolor de los buenos, pero éstas nunca terminan triunfando. “Yavé duplicó sus posesiones. Bendijo las postrimerías de Job más que sus principios, y llegó a poseer Job catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. Tuvo catorce hijos y tres hijas. Y murió Job colmado de bienes” (43, 12-17).

La justicia divina no tiene pleno cumplimiento en el ámbito de la existencia terrena. La experiencia de cada día acaba triturando la tesis general, mantenida en el A.Testamento: Dios dispensa bienes a los justos y castiga a los malvados. Pregunta Jeremías: “¿Por qué tienen suerte los malos y son felices los traidores?” (12, 1; cf Hab 1, 14; MI 3, 13-15). La misma pregunta formula el salmista: “¿Hasta cuándo triunfarán los impíos y sufrirán los justos?” (6, 4; 10, 1; 13, 13; 74, 10; 94, 3). Cohelet conoce la tesis tradicional: “Yo tenía entendido que les va bien a los temerosos de Dios..., y que les va mal a los malvados” (8, 12-13). La experiencia de cada día le muestra que no es así, ya que “hay justos a quienes le sucede cual corresponde a las obras de los malos, y malos a quienes sucede cual corresponde a las obras de los buenos” (8, 14). No se da, por tanto, una retribución justa en esta vida (2,14-16.21; 3, 16; 8, 11-12). Ciertamente “esto es lo peor de cuanto pasa bajo el sol... pues la ausencia de

retribución hace que el corazón de los humanos esté lleno de maldad” (9, 3).

Hay que esperar al profeta Daniel, allá por los años 160 antes de C., para encontrar una solución convincente y definitiva respecto del momento en que Dios imparte justicia para buenos y malos. Es al final de los tiempos, en la resurrección de los muertos. “Las muchedumbres de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para vida eterna; otros, para eterna vergüenza y confusión” (12, 2-3). “Y tú vete a descansar; te levantarás para recibir tu suerte”. Suerte equivale a recompensa final (Dn 12, 13; cf. B.J, nota b).

En el segundo libro de los Macabeos, leemos: “El rey del mundo, a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida gloriosa” (7, 9). “Para ti, en cambio, no habrá resurrección a la vida”(7,14). El tirano no resucitará a una vida gloriosa.

El N.Testamento enmienda la imagen de un Dios severo que castiga duramente a los malvados y llena de bienes a los que le son fieles. Si a las calamidades que la naturaleza misma nos depara, añadimos la imagen de un Dios terrorífico, ¿qué le queda a la criatura humana? ¿Dónde llamar en momentos de angustia? ¿A quién pedir ayuda? ¿Para qué sirve entonces una religión que vacía de amor el corazón de Dios y lo llena de odio, rencor y venganza? Este no es el Dios de Jesucristo, el único que ha visto el rostro del Padre, y el único, por tanto, que puede

contarnos cómo es. Es un Dios compasivo y clemente, lleno de misericordia, de perdón y de amor.

La escena de la curación del ciego de nacimiento trunca la tesis general del A. Testamento y vierte nueva luz sobre el misterio del mal. Escribe san Juan: “Vio, al pasar, a un hombre, ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? Contestó Jesús: Ni pecó éste ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios (9, 1-3). La ceguera no es castigo del pecado de nadie. Es la situación natural que Dios permite para manifestar sus obras, signos que garanticen la misión de Jesús, como enviado del Padre: “para que crean que tú me has enviado” (Jn 11, 42). Estos signos comienzan en las bodas de Caná y siguen en el transcurso de toda la vida de Jesús, hasta culminar en su resurrección gloriosa, el signo más decisivo y convincente de su misión salvadora. La enfermedad y la muerte de Lázaro es permitida “para la gloria de Dios” (Jn 11, 4). De los diez leprosos curados, sólo uno vuelve donde Jesús “glorificando a Dios (Jn 15, 11). La permisión del mal desemboca en el logro de un bien.

Esta es la enseñanza de Jesús: “Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? ¿Y si

saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles? Sed, pues, perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial” (Mt 5, 43-48).

Dios deja crecer la cizaña en medio del trigo (Mt 13, 29); arroja su semilla sobre tierra fértil y pedregosa (Mt 13, 5-8). Jesús, en nombre de Dios, nos manda perdonar a nuestros hermanos hasta setenta veces siete (Mt 18, 22); amar a nuestros enemigos (Mt 5, 44); devolver bien por mal (1 Tes 5, 15; Ro 12, 17; 1 Pe 3, 9). ¿Cómo Dios puede imponernos un modo de comportamiento –devolver bien por mal, amar a nuestros enemigos- y él actuar con nosotros de manera contraria –devolver mal por mal? En la dialéctica de Dios, el mal, el dolor nunca son la última palabra. Se permite siempre buscando como última meta, el bien.

También el N. Testamento sitúa el cumplimiento pleno de la justicia divina en la resurrección, al final de los tiempos. Escribe san Juan: “No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que ha obrado el mal para la resurrección del juicio” (5, 28-29). Y san Mateo enseña: “Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras” (16, 27). “En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo

no lo hicisteis. E irán al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna” (Mt, 25, 45-046).

### **9.- De tres maneras de aceptar el dolor**

Los autores espirituales proponen tres maneras de afrontar el dolor: patienter, libenter, gaudenter, que quiere decir: con resignación, con buena disposición, con alegría. Jesús de Nazaret aceptó la cruz “patienter”, con resignación: “Y tomando a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú” (Mt 26, 37- 39).

El amor del hombre a Dios es siempre una respuesta de gratitud: “porque él nos amó primero” (1 Jn 4, 19). Asimismo, nuestro sufrimiento es siempre una con-pasión, un padecer con Jesús: porque él padeció primero por nosotros. San Pablo quiere ser “otro Cristo”, otro Cristo crucificado: “Estoy crucificado con Cristo” (Gál 2, 19; cf 1 Co 1, 13). Y también el dolor humano, junto con el dolor de Cristo, merece la resurrección: “Es cierta esta afirmación: Que si padecemos con él, también con él viviremos. Si sufrimos con él, con él reinaremos” (2 Tim 2, 11-12) “Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte no tiene dominio sobre él” (Rom 6, 8-9).

La resurrección de Jesús extiende su luz redentora a la creación entera: “Cielos nuevos y tierra nueva” (Ap 21, 1; 2 de Ped 3, 13) Toda la creación será recapitulada, restaurada en Jesús resucitado: “Reunidas todas las cosas, las de los cielos y la tierra en Cristo” (Ef 1, 10).

Ponemos punto final con tres citas alusivas al tema tratado.

En primer lugar, un texto de san Pablo: “Ahora bien, sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son llamados” (Ro 8, 28).

San Agustín: “Porque el Dios todopoderoso..., por ser soberanamente bueno, no permitiera jamás que en sus obras existiera algún mal, si él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal”<sup>34</sup>.

Santa Catalina de Siena: “Veía cómo él era suma y eterna Bondad, y cómo sólo por amor nos había creado y conquistado con la sangre de su Hijo y con este mismo amor daba todo lo que daba o permitía tribulaciones o consuelos, o cualquier otra cosa. Todo lo disponía el amor, y el deseo de proveer a la salvación del hombre, sin mezcla de ningún otro fin”<sup>35</sup>

El mal y el dolor tienen sentido, terminan siempre en un bien, pero siguen siendo un misterio. ¿Por qué sufrir un mal para conseguir un bien?

---

<sup>34</sup> Enchiridion, 11: PL, 40, 236.

<sup>35</sup> Obras de santa Catalina de Siena, El diálogo, BAC, Madrid, 1955, 472, c.

¿Por qué un bien no puede surgir sin destruir otro bien? Una cosa tan sencilla como ésta: ¿Por qué Jesús no venció la muerte y el pecado plantando un rosal, contemplando las estrellas o mirando una flor? “Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice Yavé. Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y por encima de los vuestros, mis pensamientos” (Is 55, 8-9). No conocemos los pensamientos ni los caminos de Dios. Por eso, el mal y el dolor son un misterio.

